

REESCRITURAS DE LOS CLÁSICOS

Relatos cortos

Yasmina Romero Morales (ed.)



REESCRITURAS DE LOS CLÁSICOS

Relatos cortos

IO

Yasmina Romero Morales (ed.)

Departament de Filologia i Comunicació
Edicions de la Universitat de Lleida
Lleida, 2025

Departament de Filologia i Comunicació, 2025

Edicions de la Universitat de Lleida, 2025

Del texto: los autores y autoras

Ilustración de cubierta: Andrea de Castro

Maquetación: Edicions i Publicacions de la UdL

ISBN 978-84-9144-568-5

DOI 10.21001/relatos_cortos_10.2025



Índice

Prólogo	
<i>Yasmina Romero Morales</i>	7
Hija del Olimpo, dueña de sí misma	
<i>Roger Pecellín Fernández</i>	11
Grete	
<i>Juan Miguel Galvis Bernal</i>	21
El empresario de Axis Mundi	
<i>Aina Monerri García</i>	27
El secreto de la tortuga	
<i>Xavier Baró Navarro</i>	35
Yo, la madrastra	
<i>Ares Barba Jiménez</i>	43
Volando hacia el limbo	
<i>Selene Perez Zafra</i>	51
Comentarios del jurado	61

PRÓLOGO

El presente volumen reúne los relatos premiados en el *X Concurso de Relatos Cortos*, organizado durante el curso 2024-2025 por el Departamento de Filología y Comunicación de la Universidad de Lleida. En esta décima edición, el eje temático propuesto ha sido la reescritura de los clásicos, una invitación a explorar las raíces mismas de nuestro imaginario literario desde una mirada contemporánea, crítica y creativa.

La elección de este tema surge del interés por visitar las obras que han sido pilares de la literatura universal, incluyendo no solo las grandes novelas y epopeyas, sino también los cuentos de hadas, los mitos y las leyendas que, a lo largo del tiempo, han nutrido la imaginación colectiva. Así, se ha ofrecido a las personas participantes la posibilidad de transformar estas historias desde perspectivas renovadas: ¿Qué sucedería si la princesa de un cuento se negara a esperar su rescate y decidiera salvarse por sí misma? ¿Y si el monstruo de una leyenda clásica contara su propia versión de los hechos? Este ejercicio literario implica un gesto de actualización, pero también de subversión, al cuestionar los roles tradicionales, las dinámicas de poder y los valores que, muchas veces de forma soterrada, han sido transmitidos por los relatos fundacionales de nuestra cultura.

A través de estas reinterpretaciones, la literatura deviene espacio de diálogo entre el pasado y el presente. Los textos aquí recogidos rescatan la

esencia de las narraciones originarias y, al mismo tiempo, les otorgan nuevos significados, en sintonía con las inquietudes y sensibilidades actuales. Desde la oralidad mítica hasta la escritura crítica, estas reescrituras nos recuerdan que los clásicos no son piezas estáticas del canon, sino estructuras vivas que pueden y deben ser interrogadas.

Los relatos seleccionados en este volumen son prueba de ello. Cada uno, desde su particular universo narrativo, traza un puente entre las historias del ayer y las voces del presente, mostrando cómo la literatura sigue siendo un instrumento privilegiado para reflexionar sobre la identidad, los valores sociales y el poder transformador de la palabra. Con agudeza, sensibilidad y creatividad, sus autoras y autores nos conducen por senderos conocidos, pero llenos de sorpresas: allí donde creíamos saber lo que ocurría, la narración se bifurca, se interroga, se rescribe.

Cabe señalar que la deliberación del jurado no fue sencilla. La participación estudiantil, marcada por un notable nivel de calidad literaria, evidenció el entusiasmo y el compromiso de quienes decidieron aceptar el reto de reinterpretar los clásicos. Las obras presentadas tejieron un mosaico de voces que abordaron el tema desde ángulos diversos, enriqueciendo el certamen con propuestas tan arriesgadas como estimulantes.

En esta décima edición, el jurado estuvo integrado por Carlos Rizos Jiménez, Carlos Femenías Ferrà, Yasmina Romero Morales y Laura Martínez Català, cuyo trabajo minucioso y comprometido fue fundamental para la selección de los textos ganadores. A todas y todos ellos, nuestro más sincero agradecimiento.

Asimismo, agradecemos profundamente el apoyo del Departamento de Filología y Comunicación, así como el patrocinio de la Facultad de Letras, el Vicerrectorado de Estudiantes y Ocupabilidad, el Vicerrectorado de Internacionalización y el Vicerrectorado de Cultura y Extensión Universitaria de la Universidad de Lleida. Sin su respaldo, este concurso no sería posible.

Pero, por encima de todo, nuestro mayor reconocimiento es para las y los estudiantes participantes. Sus relatos no solo dan vida a este volumen, sino que confirman que la literatura continúa siendo una herramienta po-

derosa de expresión, cuestionamiento y creación. En sus páginas se revela una juventud que lee críticamente el pasado, lo resignifica y lo transforma. Y eso, sin duda, es una celebración.

Yasmina Romero Morales

Profesora del Departamento de Filología y Comunicación
Coordinadora del Grado en Filología Hispánica
de la Universidad de Lleida

HIJA DEL OLIMPO, DUEÑA DE SÍ MISMA

ROGER PECELLÍN FERNÁNDEZ

PRIMER PREMIO

CATEGORÍA A: ESTUDIANTES DE GRADO DE LA UNIVERSIDAD DE LLEIDA.

EDICIÓN DE 2025

Helena deambulaba por los pasadizos de palacio, evadiendo guardias y nobles por igual. Como de costumbre, los pocos que no podía evitar la saludaban efusivamente y buscaban compartir unas palabras, escuchar su dulce voz y empaparse de su rostro.

Pero ella estaba harta de eso. Su madre ya le había explicado que su belleza era debida a su linaje divino. El mismísimo Zeus, padre de dioses y hombres, señor del Olimpo, había embarazado a su madre y le había concedido una hija más bella incluso que las ninfas. Se trataba de un secreto, por supuesto, pues Tindáreo, su padrastro, jamás aceptaría una hija ilegítima, por muy semidiosa que fuese. De todas formas, ignorante o no, el rey de Esparta nunca había visto en ella más que una moneda de cambio.

Desde la temprana edad de doce años, Helena ya se veía obligada a aprender el arte del cortejo y de la satisfacción masculina. Lección tras lección sobre cómo maquillarse, cómo mantener una buena conversación, cómo moverse grácilmente, cómo satisfacer en el lecho... ¿Qué era eso del lecho, de todas formas? Nadie le había dicho lo que se suponía que tenía que hacer exactamente, pero todas parecían ansiosas por que llegase ese momento.

La única persona con la que realmente disfrutaba era su madre, Leda. Solo con ella compartía la sensación de ser observada y agasajada en cada momento, en cada acción que realizaban, por simple que fuese. Solo ellas en toda Esparta eran esclavas de su belleza. Pero eran solo de ellas, también, los conocimientos que los demás parecían ignorar. Fue la reina la única que le enseñó a seducir con un propósito: el de conseguir sus propios designios.

“¿Quién, sino un semidiós, podría guiar a los mortales?” —le respondía cada vez que le preguntaba por la razón de esas lecciones.

La mañana de su decimosexto cumpleaños, Tindáreo planeaba organizar un banquete con toda la corte para anunciar al pretendiente de su hija, la hermosísima Helena. Irónicamente, la fiesta estaba inundada de borrachos, ruidos impropios de la realeza y comentarios obscenos. Todo lo que a ella no se le permitía hacer. Transcurridas las horas, los platos y las copas, el monarca se alzó de su trono y el gran salón quedó en completo silencio.

—Mis queridos ciudadanos, como sabéis, el motivo de este banquete es el de anunciar a mi futuro cuñado. El hombre que me sucederá en este mismo trono de la mano de mi queridísima Helena. Pocos, si no ninguno, son dignos de compartir la vida con mi tesoro —ahí estaba, esa mirada de soslayo con un ligero toque de deseo—. Sin embargo, mi edad exige que designe a mi sucesor y, tras largos debates con mis consejeros, el candidato ha sido elegido... ¡Vuestro futuro rey será Menelao!

El salón estalló en rugidos y vítores. El rey fue el único que mantuvo la serenidad. A su lado, la reina esbozaba una ligera sonrisa de satisfacción. Helena mantuvo la calma todo el tiempo. Tampoco es que pudiera negarse a la decisión de su padraastro, por mucho que quisiera.

De todas formas, no era el peor de los candidatos. Menelao era un buen hombre, o eso decían. No era un bárbaro ni un ignorante, como Áyax o Diomedes. Quizás podría brindarle alguna conversación interesante algún día. Quizás la trataría bien. Quizás... ¿qué más daba? Fuera como fuese, iba a tener que soportarlo. Ya lo descubriría llegado el momento.

La fiesta se prolongó durante todo el día, y los más resistentes la continuaron hasta bien entrada la noche.

Helena contemplaba su reflejo en el espejo de su habitación, con una expresión indescifrable. La esclava a su espalda le acicalaba el cabello con suavidad. Su madre, a un lado, la sermoneaba sobre cómo proceder en su matrimonio.

—Recuerda que esta alianza supondrá una gran victoria para nuestro país. Menelao es hermano de Agamenón, así que sus ejércitos serán nues-

tros. Con las palabras adecuadas, podrás engatusar a ambos hermanos y liderar las tropas a tu antojo.

—Lo sé, madre —le respondió ariscamente—. Me lo has repetido en cada lección durante los últimos dos años.

—No dudo de ti. Has aprendido todo lo que podías, pero eres joven, y eso puede llevarte a tomar decisiones precipitadas. No puedes permitirte cometer ningún error. Un solo paso en falso y todas tus lecciones habrán sido en vano.

Esa misma noche algo despertó a Helena. Se incorporó ligeramente y contempló a su alrededor. Sentía una presencia inexplicable. Los ventanales estaban abiertos y ligeras motas plateadas flotaban en el aire, movidas por la brisa nocturna, como la cola de un cometa. Siguió el haz de esquiras de luz en dirección al centro de su habitación y clavó su mirada en la figura que la observaba. Su torso desnudo blanco como la leche parecía brillar a la luz de la luna. Su cabello caía en ondas, reflejando la luz del sol, pese a que faltaban horas para que se alzara. Sus labios refulgían de un rojo que nada tenía que envidiar al más puro de los rubíes. Sus rasgos eran inconfundibles. Era Afrodita, la diosa de la belleza y del amor.

—Descendiente del Padre Supremo, levántate. Tendrás el honor de servir a la diosa Afrodita —la cadencia y sensualidad de su voz parecían hechas para enamorar a cualquier humano que la escuchase, pero el mensaje no era en absoluto romántico, era un mandato.

—¡Oh, gran diosa! Vuestra sola presencia ya es el mayor de los honores —respondió Helena, saliendo apresuradamente de la cama. Todos los mortales sabían que las divinidades adoraban las alabanzas. Y cuanto más suntuosas, mejor—. ¿Cómo puedo servirlos?

La olímpica parecía ignorar sus palabras, pese a la dulzura de su rostro. Cada palabra era como una poesía entonada para un público gigante, aunque en la habitación solo estaban ellas dos.

—Ciertamente has sido bendecida por la hermosura, igual que él —Helena no entendía de qué estaba hablando, pero no iba a mostrarse como

una estúpida ante una diosa—. Ciudades enteras se postrarán ante vuestra belleza. Álzate, partimos de inmediato hacia Troya.

La princesa no comprendía absolutamente nada de lo que estaba ocurriendo, pero su cuerpo obedecía cada palabra que emanaba de ella. Enseguida se vistió y esperó la siguiente orden de la diosa con ansias y la cabeza gacha.

En el fondo de su mente algo no encajaba, pero no podía pensar con claridad. Se suponía que ella debía quedarse allí. Tenía un compromiso importante... pero ¿cuál? Una... ¿boda? Pero la presencia ante ella le exigía partir, y su cuerpo no tenía otra opción que obedecer. Su marido iba a ser Paris. Pero... ¿y Menelao? ¿No era él su prometido?

Cuando recuperó la conciencia, se sobresaltó. No estaba en su habitación. Un gran trono se elevaba ante ella, pero no era el de su padrastro. No tenía la misma forma, ni las mismas joyas engastadas en los bordes. Unos rostros desconocidos la observaban desde el trono y a su alrededor. De entre ellos, uno resaltaba por encima de todos los demás. Era precioso. Reconocía en él la misma maldición que ella padecía: una belleza casi divina que irradiaba por cada uno de sus poros.

Una bofetada de realidad la golpeó súbitamente. Aquel debía de ser el chico que había mencionado Afrodita. Como si sus pensamientos lo hubieran invocado, el muchacho tomó la palabra.

—Helena de Esparta, soy Paris, príncipe de la gran ciudad de Troya. La diosa Acidalia me prometió tu mano a cambio de su favor. Con tu presencia aquí, queda cerrado nuestro trato. Será para mí un placer tenerte como reina e iluminar la ciudad con nuestra progenie —su voz era casi musical, aunque no tanto como la de la diosa que la había llevado hasta allí.

Habían pasado meses desde que Helena había aparecido en Troya. La guerra no tardó en perseguirla hasta sus murallas. Por lo que ella sabía, Menelao y el resto de los pretendientes se habían lanzado a las armas para ir a buscarla, creyendo que había sido raptada por el propio Paris.

Paris era su segundo prometido en tan poco tiempo, pero esta vez por mandato divino. Aunque, ¿qué diferencia había? Tanto la voluntad de su

padraastro como la voluntad divina habían caído sobre ella como un peso insoportable. De nuevo, su vida había sido dirigida por cualquiera menos por ella. Este pensamiento se encargaba de impedirle dormir por las noches. Por el día, en cambio, las enseñanzas de su madre parecían haber incidido en su psique de forma permanente. Aquellos meses en la corte troyana habían sido para ella un ejercicio constante de manipulación mental. Cada interacción que llevaba a cabo la aprovechaba para asegurarse una posible alianza, o para sonsacar información, o incluso para difundir falsedades en su beneficio.

No tardó en recoger los frutos de las semillas que había estado sembrando. En la víspera de la llegada de sus supuestos rescatadores, una tormenta oscureció el cielo e inundó las calles. La corte parecía sumida en terror, como si nunca hubiesen visto la obra de Zeus, y corrían despavoridos por los pasillos y las cámaras de palacio.

Helena aprovechó la distracción y se escurrió por pasadizos ocultos que había estado memorizando hasta llegar a una estrecha puertecilla que daba a los jardines reales. En los muros de estos, oculta por un frondoso arbusto, una delgada grieta asomaba y daba paso a la libertad. La fuga se le hizo eterna y complicada, trastabillando a cada paso por la lluvia incesante que caía sobre ella. La tormenta arreciaba por momentos e iba reduciendo su campo de visión. Se había desorientado por completo. No sabía hacia dónde dirigirse, pero siguió intentándolo hasta que perdió la noción del tiempo y sus piernas fallaron. Yacía inmóvil en el suelo, el torrente de agua incesante a su alrededor.

Un rugido ensordecedor descendió desde los cielos y una figura imponente apareció ante ella. No había ninguna duda, solo un dios aparecía de esa forma en plena tormenta. En su tormenta.

—Padre. Después de tantos años, esta es la primera vez que te veo con mis propios ojos —ni siquiera le quedaban fuerzas para adular al dios supremo.

—Este aspecto es indigno de mi progenie —alzó una mano y una cúpula de aire seco y sereno los envolvió.

Helena volvía a estar seca y podía ver con claridad a unos pasos más allá, hasta donde la lluvia seguía cayendo con virulencia.

—¿Dónde pretendías ir? ¿Pensabas volver a tu patria? Allí te asesinarían, tomándote por una ramera que abandona a su marido justo antes de las nupcias. Tu traslado a Troya ha sido un mandato divino, y deberías saber que no puedes negarte a ello. Los hilos del destino no están a disposición de una mortal, ni siquiera de una semidiosa, para ser movidos a su antojo.

—¿Y qué me queda? ¿Seguir siendo el trofeo de hombres necios que acumulan riquezas? ¿Ser una perla más en una cámara llena de joyas y esculpida en alabastro? —el espíritu de Helena se había quebrado. Por mucho que intentase huir, las decisiones de los demás la ataban a sus espaldas. Todos parecían tener control de su vida, excepto ella. Tindáreo, luego Menelao, Afrodita, Paris... y ahora Zeus— Por favor, padre, libérame del yugo que me oprime desde mi nacimiento. Si no puedo elegir mi propio camino y solo valgo de adorno, ¿no valdría más convertirme en una escultura?

—Hija mía... Como descendiente mía te liberaré de tu pobre condición. Pero primero debes terminar el cometido que se te ha asignado. Dioses y hombres han intervenido en esta guerra. Mis órdenes han sido ignoradas y quienes participen sin mi permiso deben ser castigados. Ayúdame en este asunto y yo, a cambio, te garantizaré la libertad por el resto de tus años.

—No entiendo qué quieres que haga. No he tomado partido en esta guerra, ni tengo pensado hacerlo. No soy más que el premio del ganador.

—Y eso es justo lo que debes ser ahora mismo. La batalla comenzará mañana, y hombres y olímpicos por igual tomarán partido. Debes permanecer en el palacio troyano hasta que estalle el conflicto. Cuando todos los soldados pisen el campo de batalla, tu presencia ya no será necesaria. Solo entonces te brindaré tu deseo. Serás libre de elegir tu destino lejos de esta ciudad, lejos de cualquier designo que no sea el tuyo propio.

Y así fue. Cuando la batalla comenzó, Helena desapareció del mundo conocido. Cambió su nombre, dejó atrás la realeza y se convirtió en una persona común.

Hay quienes afirman que la vieron trabajando de curandera en un pequeño pueblo. Otros juran que capitanea un barco y recorre el mundo. Otros dicen que se asentó lejos de Troya y se dedicó a narrar historias en una posada de mala muerte.

Pero eso a ella no le importaba. La luz de su belleza se extinguió con su nombre. Por primera vez, nadie la miraba. Y ella nunca se había sentido más hermosa. Nunca se había sentido más libre.

GRETE

JUAN MIGUEL GALVIS BERNAL

SEGUNDO PREMIO

CATEGORÍA A: ESTUDIANTES DE GRADO DE LA UNIVERSIDAD DE LLEIDA.

EDICIÓN DE 2025

Aquella mañana al levantarme, supe que algo iba mal; una espesa niebla empujaba la ventana deseando entrar para perdernos en el olvido. Gregor seguía en la cama, nunca en los años que llevaba como representante había perdido el tren de las cinco. Quise entrar y como era normal estaba cerrado con llave. Mi equipaje, escondido bajo la cama, empezaba a ponerse nervioso.

—Abre, Gregor, te lo ruego.

La certeza de que ya no podría escapar recorría con ansiedad mis trémulos huesos, ¿cómo podía irme dejándolo enfermo? No me lo perdonaría jamás. Aunque no hubiese visto nada aún, me bastaba con respirar la pesadumbre que exhalaban las paredes, los muebles, padre y madre en la otra habitación cada vez más nerviosos; mamá se deshizo en explicaciones cuando el gerente cruzó el umbral, hablando de su propio hijo como un inquilino cualquiera. Este señor larguirucho y pálido, vestido como cualquier otro hombre de negocios, réplica de una réplica, parecía dueño de Gregor, jalando mediante ridícula palabrería una invisible pero sólida correa.

Después de mucho rato, al otro lado de la habitación, se escucharon mis sollozos; no lloraba de tristeza, no, ni de miedo ante el posible despido, lloraba de rabia; papá estaba enamorado del dinero, mamá simplemente lo seguía, dependiente de un hombre que vivía por mera inercia. Unos meses atrás, el jefe de mi hermano se había dignado a pedir mi mano, prometiendo sanar la deuda que nos dejó aquella empresa familiar fallida y aunque

Gregor trabajase sin descanso y papá tuviese ahorros suficientes para pagar una parte y darnos un respiro, aun así, pensaban venderme como una pieza más en su eterno juego de codicia, ¿podía ser más ridícula la situación?

Madre, en medio del llanto, me mandó por el médico; bajando las escaleras me encontré con Anna, mi única amiga, mi única cómplice. Ella estaba cansada de correr para un lado y para otro, trabajando en distintas casas donde le pagaban, no lo que era necesario sino lo que les daba la gana; una noche, hablando en el jardín, nos imaginamos una vida lejos de aquella melancólica ciudad, nos prometimos escapar juntas, unirnos para poder llegar más lejos. Corriendo avisamos al cochero que aquella noche no haríamos nada, nadie se iría; esa misma noche pensábamos escapar juntas hacia cualquier lugar del mundo, ante mi negativa, ella también se rehusó a viajar, sin embargo, ya no podíamos detener todo tan abruptamente, el cochero no esperaría a nadie, sobre todo porque nadie lo esperaría a él.

El doctor y el cerrajero ya podían esperar; de camino a casa le rogué a Anna que se fuera, que yo la alcanzaría después, cuando Gregor mejorara. Todo el mundo creyó que pidió su despido por miedo ante la idea de estar en la misma casa con aquel bicho, pero no, sus lágrimas eran porque en el fondo sabía que no volveríamos a vernos. Ante la decisión de quedarse en esta ciudad maldita o aventurarse a lo desconocido no hay amistad que enfríe el deseo de libertad y es mejor así. Esa misma noche, junto al cochero, desaparecieron por el viejo camino que sale de la ciudad; viajarían en el almacén de un barco mercantil hasta el otro continente, donde supuestamente no hay estaciones y la brisa agradable inunda siempre las calles en tardes calurosas, sin niebla, sin lloviznas que nos empapen de tristeza el corazón.

Papá, milagrosamente, se recompuso de cuanto achaque tenía y empezó a trabajar en el banco, mamá hacía arreglos de ropa por encargo; a mí, creyéndome una niña todavía, difícilmente me dejaban buscar trabajo. Al final lo encontré, como dependienta, lo cual me dio para comprar los primeros libros de francés. A pesar de todo, el plan de fugarme seguía en pie, yo no iba a estar con dos personas que solo me veían como un intercambio de beneficios. De Anna no volví a saber nada, prometimos escribirnos to-

dos los meses, o al menos cuando pudiéramos, pero desde aquella noche en que nos despedimos a escondidas en el jardín de casa no he vuelto a saber absolutamente nada.

Hacía tiempo, tres barbudos maleducados, supuestamente caballeros, se hospedaban en casa lo cual nos relegó a ser casi sirvientes; tal era el amor que papá tenía al dinero. Antes de probar la comida la analizaban minuciosamente, buscando cualquier excusa para decir, al final, cuando ya habían acabado, que no pagarían una comida en tal estado. Quiso la mala suerte que una noche se dejara abierta la puerta que daba al cuarto de Gregor. Mientras yo tocaba el violín para estos tres hombres, él se deslizó suavemente hasta llegar al salón, atraído por la música; desgraciadamente el primero que notó su presencia fue el señor del centro, el más odioso de los tres, exhalando el humo de su cigarrillo, contaminando el ambiente con su tediosa mirada; nunca me perdonaré el no haber seguido la pieza. Mi hermano solo quería eso, escuchar de nuevo los murmullos de un pasado que a cada instante se alejaba más de él.

Todo derivó en un torbellino de rabia y miedo del cual no recuerdo casi nada; papá gritando a los tres hombres, estos gritando también, mamá llorando. Al poco rato, los huéspedes entraron en su cuarto. Lleno de rabia, aquel hombre que decía ser nuestro padre hirió a Gregor en el costado. Esa noche marcó lo que sería el último suspiro de mi pobre hermano; mi corazón se ahogaba en un charco de rabia y tristeza; no quería presenciar por más tiempo aquel estado de postración, con una maldita manzana clavada en su carne. Así fue: una mañana, al despertar, tal y como lo había adivinado el primer día, supe que Gregor había muerto; al fin mi pecho respiró algo de tranquilidad.

Mientras estuvimos en la casa iba cada tarde al cuarto de Gregor, lo veía recortando revistas, antes de aquella tormenta, luego escondido bajo el mueble, ocultándose humildemente con una sábana para no molestar a ninguno. Contemplaba el paisaje por la ventana, que no era mucho realmente, pero fue lo poco que vio durante sus últimos días; desde el fondo de mi alma, entre las lágrimas que inundan cada centímetro de nuestro ser, le pedía perdón por no haberlo despertado del largo letargo en el que esta-

ba sumido, viajando cada día, trabajando por algo que ni siquiera él comprendía muy bien. Al final, lo que nos queda es eso, un arrepentimiento que se clava cual aguja en el pecho, algo minúsculo que nos impide volver a ser lo que antes éramos. ¿Sabrá perdonarme algún día?

EL EMPRESARIO DE AXIS MUNDI

AINA MONERRIS GARCÍA

PRIMER PREMIO

CATEGORÍA C: ESTUDIANTES DE 1º Y 2º DE BACHILLERATO Y DE CICLOS
FORMATIVOS. EDICIÓN DE 2025

Hace ya unos años, en un pueblo cualquiera, aconteció un hecho que revolvió el mundo entero. El pueblo no era ni grande ni pequeño, ni estaba en este o en aquel otro país. Era, simplemente, un pueblo. Todas las personas sienten su hogar en algún lugar del mundo, pero esta aldea nos representa a todos. Esta aldea es el principio de la historia.

Este lugar se llamaba Axis Mundi y estaba bellamente decorado con todas las historias, leyendas y conocimiento que habíamos adquirido los humanos a lo largo de los milenios. Aunque habían pasado muchas penurias, sus habitantes eran felices. No podían imaginarse que lo peor estaba por llegar y mucho menos si esto venía disfrazado como el mayor regalo desde la antorcha de Prometeo. Parece ser que somos incapaces de aprender de nuestros errores: el caballo de Troya, la manzana envenenada de Blancanieves... solo son algunos de los ejemplos que deberían haber hecho saltar todas nuestras alarmas, pero no fue así. Y hoy, todavía seguimos pagando las consecuencias.

Pero no quiero entreteneros más. Por favor, aprended la historia de cómo la humanidad fue secuestrada de una forma tan sutil y perfecta que no se dio cuenta hasta que fue demasiado tarde.

En Axis Mundi, la gente vivía tranquila. Por la mañana, sus habitantes se levantaban con la salida del sol y dedicaban su tiempo a tareas muy distintas: unos trabajaban la tierra, otros vendían sus artesanías y otros tantos llevaban a cabo las tareas en el hogar. Se respiraba un aire de paz y tranquilidad que empezó a convertirse en una ventisca de estrés y fatiga el día en que surgió la primera plaga.

Cómo explicarlo... La primera plaga podría describirse como impactante, por el simple hecho de que fue acogida con los brazos abiertos. Y diréis: ¿quién en su sano juicio querría que una plaga infestara su pueblo? Y todos los que estaban allí se mirarían a los ojos y os responderían con total convicción que vosotros habríais hecho lo mismo. Porque, queridos lectores, les prometieron el futuro más brillante que nunca nadie podría soñar: un mundo automático, un mundo donde no tendrían que trabajar duramente todo el día.

Y es en este momento en el que entra en escena el protagonista de esta historia: Nautilus Nexus. Nautilus Nexus era un hombre de mediana edad, alto, de cabello castaño salpicado de canas y gafas cuadradas de montura de pasta. Vestía impecablemente, con su traje de tres piezas, corbata a juego y ni un solo pelo fuera de lugar. Era el hombre de negocios ideal. Pero tenía un objetivo muy claro: vender a los gobernantes y, ante todo, a los ciudadanos de Axis Mundi las máquinas del futuro: los ordenadores.

Nautilus Nexus se presentaba como un señor muy razonable y afable, ahora bien, no hay que olvidar que por encima de todo era un hombre de negocios. Presentó a Axis Mundi la mejor oferta que esta aldea iba a ver en su historia, por un precio tan bajo que nadie se percató de su existencia. Consiguió que todos los adultos pudieran disfrutar del más nuevo y exclusivo modelo de ordenador portátil, combinando trabajo y ocio para que nunca más tuvieran la necesidad de preocuparse de nada. Y es así de simple como la primera, pero no única plaga, entró en la ciudad de Axis Mundi.

Lo que no sabían los habitantes de Axis Mundi era que el precio de la tecnología subía cada estación y que el contrato firmado con Nautilus Nexus no se estaba cumpliendo. Años más tarde, el empresario regresó al pueblo con un nuevo propósito: recuperar lo que le pertenecía por derecho, los datos digitales de todos aquellos que poseían un ordenador.

En primer lugar, intentó hablar con la gente de una forma amigable y abierta, sin levantar sospechas y con intención de resolver la situación de forma eficiente. No obstante, pronto se dio cuenta de que nadie le prestaba atención y le trataban de estúpido y poco capaz, mas nadie relacionaba a ese inocente con el genio creador de las computadoras.

Viendo el maltrato de la gente, procedió a ir al ayuntamiento para reclamar lo que era suyo y se topó con los mismos obstáculos y problemas que había tenido con los habitantes de la aldea.

Cabe decir que la postura de Nautilus Nexus era muy válida: después de inventar uno de los objetos más revolucionarios del siglo, ¿de verdad era así como iban a pagarle, con insultos y fraude? No, Nautilus Nexus no podía esperar de brazos cruzados a que el destino hiciera justicia. Quería su información, su parte del trato, y el único camino que encontró fue la venganza, la venganza que le llevó a crear la segunda plaga, la más adictiva, la más fuerte y cruel. La plaga de la que nadie, absolutamente nadie, saldría impune.

Aun así, Nautilus Nexus conservaba la esperanza de no tener que liberar esta plaga al mundo, que los ciudadanos de Axis Mundi oirían la voz de la razón y que todo quedaría como una realidad hipotética. Y podría pasar directamente a explicaros cuál fue y qué efectos tuvo la segunda plaga, pero creo que el discurso que Nautilus Nexus pronunció antes de soltarla al mundo, mientras daba tiempo de reflexión a sus oyentes, merece ser plasmado en este relato. Porque, aunque no sirvió en su momento, puede que las futuras generaciones de Axis Mundi saquen provecho del pasado. Decía algo así: “Ciudadanos de Axis Mundi, os habla Nautilus Nexus, creador de los ordenadores portátiles que todos tenéis en casa. Hace unas semanas vine a reclamar lo que por derecho se convirtió en mío cuando firmasteis los contratos de compraventa de vuestros dispositivos, vuestros datos informáticos”.

“¡Yo no he firmado nada! —aseveraba una voz de entre el público, que se elevó por la plaza principal— ¡Y, aunque lo hubiera hecho, no tienes ningún derecho de venir aquí a reclamar nuestros datos privados!”

Murmullos de asentimiento se propagaron entre los pocos asistentes curiosos que se habían acercado a la escena atraídos por el ruido y la promesa de salseo.

“¿Tan seguros estáis de lo que decís? Yo creo que es un precio muy pequeño por el inmenso favor que os estoy prestando con la creación de los ordenadores. ¿O queréis volver al pasado, cuando teníais que trabajar

íntegramente de forma manual o con vuestros limitados conocimientos?” preguntó Nautilus Nexus, sabiendo que al fin había conseguido ganarse la completa atención del público. “No tengáis miedo, vuestros datos no van a ir a ninguna parte, solo servirán para personalizar vuestras búsquedas, para que podáis trabajar todavía mejor.”

Más murmullos, aunque esta vez de disconformidad, se elevaron entre el público. Después de tanta insistencia por parte de Nautilus Nexus, nadie estaba convencido de la poca importancia que el emprendedor parecía estar dándole a sus datos informáticos. Poco a poco, la gente empezó a despejar la plaza por grupitos, enterrando en el fondo de su memoria la situación recién vivida.

Insatisfecho e irritado con los inexistentes resultados de su discurso, Nautilus Nexus se encaminó hasta la que se convirtió en la zona cero de la segunda plaga, decidido a infestar a sus primeras víctimas. Porque, queridos lectores, hay que recalcar que Nautilus Nexus era un hombre muy astuto. Después de ver que los adultos no se plegaban a su voluntad, tuvo claro que su nuevo blanco debía ser más fácil, más maleable, menos complicado de controlar. Debían ser víctimas lo suficientemente independientes como para no vivir bajo la dirección constante de otros más sabios, pero a la vez tan simples como para no cuestionarse las intenciones ocultas que pudiera albergar. En definitiva, pues, el blanco perfecto eran los adolescentes.

Y fue así como, a la salida del instituto, Nautilus Nexus reunió un corro de chicos y chicas para poder presentarles su nuevo y más moderno invento: el teléfono móvil. Respecto al portátil, este nuevo aparato tenía muchas ventajas, ya que era muy compacto, no pesaba casi nada y podía llevarse en el bolsillo a todas partes. También contenía innovaciones nunca vistas hasta la fecha como la cámara de fotos, la mensajería instantánea o los aplicativos que más llamaron la atención a los jóvenes, una cosa llamada “redes sociales”.

Las redes sociales se convirtieron en el virus de la plaga. Al poco tiempo de esta visita de Nautilus Nexus, todos los adolescentes de Axis Mundi se habían vuelto uno solo con sus recién estrenados dispositivos, cumpliendo de esta forma la voluntad oculta del empresario. Todo el mundo

era usuario de Hamelín, una red social caracterizada por apresar enteramente la atención, hasta el punto de hacer perder la noción de las horas. Hamelín, con colores vívidos, métodos creativos y recaudadores de información ocultos, obró la magia que los ordenadores no habían sido capaces de lograr: vender los datos privados de centenares de personas y eliminar la aptitud para pensar críticamente.

Pasadas unas décadas, cuando tanto habitantes como gobernantes se dieron cuenta de la enfermedad que asolaba Axis Mundi, la totalidad de la población buscó incansablemente a ese hombre que los había condenado. Pero, astutos lectores, ya os podéis imaginar cómo terminó la historia. Y es que no, no lo encontraron. Parecía que Nautilus Nexus se había esfumado de la faz de la tierra: no había ningún indicio de su ubicación, su trabajo o ni siquiera existencia. Nautilus Nexus era un fantasma portador de desgracia.

Lector, lectora, solo quiero recordar que todos somos Axis Mundi y que Nautilus Nexus no vendrá a rescatarnos. Puede que, en el futuro, sus descendientes consigan volver a engañarnos, pero debemos estar preparados. Un mundo lleno de ordenadores, móviles y redes como Hamelín ya es bastante aterrador. ¿Imagináis qué podría ser lo siguiente?

EL SECRETO DE LA TORTUGA

XAVIER BARÓ NAVARRO

SEGUNDO PREMIO

CATEGORÍA C: ESTUDIANTES DE 1º Y 2º DE BACHILLERATO Y DE CICLOS
FORMATIVOS. EDICIÓN DE 2025

Todo empezó con una apuesta tonta. La liebre María José no soportaba que alguien como la tortuga, lenta y constante, se atreviera a hablar de esfuerzo y dedicación como si eso fuera todo lo que hacía falta para triunfar. “¡Mírame a mí!” decía la liebre mientras daba saltos, voces y varios brincos por la plaza del pueblo. “La velocidad es lo único que importa. ¿Quién querría ser como tú, arrastrándose por la vida?” A partir de aquí todos saben cómo termina la historia, la tortuga estaba tranquila esperando en la otra línea de la meta a la liebre. Cuando esta llegó, se quedó sin palabras, y la multitud, boquiabierta, empezó a aplaudir.

La historia se extendió rápidamente. Se convirtió en una leyenda, una lección sobre la importancia de la constancia y la humildad. Pero nadie supo jamás lo que realmente pasó. Solo la tortuga y su buen amigo el oso conocían el secreto.

Cuando la liebre salió corriendo al principio de la carrera, la tortuga no se limitó a caminar. Se detuvo unos metros más adelante y sacó un pequeño teléfono de su caparazón. Llamó a un colega del pueblo vecino, Villa del Este Espinoso, un oso que hacía repartos en bicicleta eléctrica, colega de la infancia, amigo de clase y muy querido por parte de la familia de la tortuga Josefina. En pocos minutos, el oso José llegó con una sonrisa cómplice. “Sube, que no tenemos todo el día”, dijo mientras la tortuga se acomodaba en el portaequipajes. Ambos cantaron al unísono: “Si las estrellas te iluminan hoy y te sirven de guía, te sientes tan fuerte que piensas que nadie te puede tocar, las distancias se hacen cortas, pasan rápidas las horas...”.

Recorrieron el camino por el bosque sin pausa, pero sin prisa, procurando no hacer ruido, vestidos con una sonrisa y sin perder tiempo. Cuando llegaron cerca de la meta, la tortuga bajó de la bicicleta, ajustó su caparazón y caminó tranquilamente hasta el punto final.

Ya cerca de la meta, se aseguró de no ser vista por nadie y llegar antes que la liebre. Fue recibida entre vítores y aplausos. Pájaros, caracoles, ratones, erizos y castores sonreían y gritaban “¡Viva la tortuga Josefina!”. A pesar de esa algarabía, más de uno se sorprendió al verla caminar poco a poco, segura de sí misma. El zorro Juan afirmaba que parecía imposible que una tortuga lenta pudiera llegar antes que una liebre rápida. Algo le punzaba en el cuerpo y le decía que allí había gato encerrado. La tortuga ya no era aquella que él imaginaba, en la que ciegamente confiaba; su caminar y su mirada le decían que la mentira le rondaba.

Cuando apareció la liebre, jadeando, la tortuga ya estaba preparada para sonreír con ese aire misterioso que haría que todos creyeran en el poder de la paciencia.

El oso José nunca dijo nada. La tortuga, meses después, envió un regalo a la liebre con un mensaje breve: “Para quienes siempre corren, pero nunca piensan.”

Con el tiempo, la historia comenzó a distorsionarse, como ocurría con los juglares, cuando las leyendas e historias pasaban de boca en boca y magnificaban batallas, convirtiendo en héroes a simples villanos. Algunos decían que la tortuga había descubierto un atajo secreto, otros aseguraban que tenía un don místico para predecir el cansancio de la liebre. Sin embargo, la liebre María José nunca entendió cómo había podido perder contra una tortuga, pero desde aquel día empezó a desconfiar de hechos inexplicables. Tal vez la velocidad no lo era todo.

Con el tiempo, María José dejó de fanfarronear y presumir sobre su velocidad. Ya no saltaba por la plaza presumiendo de su rapidez ni subestimaba a quienes preferían avanzar con calma. Empezó a observar más, a preguntarse si en la vida solo importaba correr o si, quizás, había algo más.

Unas semanas después de la carrera, mientras paseaba por el bosque, vio a la tortuga Josefina sentada bajo un árbol, leyendo un pequeño libro. Dudó un momento, pero luego se acercó con curiosidad.

—Siempre me he preguntado... —dijo cruzando los brazos— ¿Cómo lo hiciste? ¿Hiciste trampa, verdad?

Josefina levantó la vista y sonrió con ese aire misterioso que siempre la acompañaba, era una tortuga muy sabia y a la vez muy reservada. Cerró el libro con calma y respondió:

—A veces, María José, la clave no está en correr más rápido, sino en saber cuándo dejar que otros te lleven hacia el objetivo.

La liebre dudó y se quedó pensando, frunciendo la frente, tratando de descifrar el enigma. Pero Josefina solo se rio suavemente, volvió a abrir su libro y continuó leyendo, dejando que la liebre se quedara dando vueltas al dilema, quedándose así con la duda.

Ya se sabe que el que no te la juega, es porque no puede.

Una tarde tranquila, en lo más profundo del bosque, el oso José y la tortuga Josefina se encontraron en su lugar habitual, bajo el gran roble. El oso sonrió al verla y se dejó caer a su lado con un suspiro satisfecho.

—Vaya, vaya, Josefina —dijo con una sonrisa—. ¿Recuerdas ese día? Engañamos a todo el pueblo.

—Cómo olvidarlo, José. Fue una jugada maestra. Nadie sospechó de ti y tu bicicleta eléctrica. Bueno, casi nadie. Ese zorro Juan tenía sus dudas, pero nunca llegó a indagar.

Justo en ese momento, un sonido entre los arbustos los hizo callar. Juan había estado husmeando cerca y al escuchar la conversación, sus orejas se alzaron y sus ojos brillaron con astucia.

—Vaya, vaya, vaya... —dijo saliendo de su escondite—. Así que era cierto. ¡La gran victoria fue un fraude!

Josefina y José intercambiaron una mirada. La tortuga suspiró e intentó negar la evidencia, pero el zorro empezó a correr hacia la plaza del pueblo con una carcajada burlona, pensando que el pueblo entero debía saber la verdad.

José intentó ir tras él pero Josefina negó con la cabeza y le dijo que no serviría de nada, que dejara que lo contara, que la gente cree en lo que quiere creer.

Mientras tanto, en la plaza, la liebre María José conversaba con unos ratones cuando el zorro irrumpió agitado.

—¡Atención, atención! ¡Tengo una revelación que cambiará la historia para siempre! Los animales se agruparon alrededor con curiosidad.

—¡La tortuga Josefina hizo trampa! —anunció con dramatismo—. ¡No ganó la carrera con esfuerzo ni paciencia! ¡El oso José la llevó en su bicicleta eléctrica!

—¿Y cómo sabes eso? —preguntó María José entre el silencio que había inundado la plaza.

—¡Los escuché yo mismo! Estaban en el bosque, riéndose de todos nosotros. Admitieron su trampa.

Algunos animales murmuraron sorprendidos, otros parecían no creérselo. No entendían cómo lo habían confesado justo cuando él estaba cerca.

En ese momento, Josefina y José llegaron a la plaza. La tortuga avanzó con calma.

—¿Así que ahora eres un espía, Juan? —dijo con una sonrisa—. Qué interesante.

—¡Deja de fingir! —replicó el zorro—. ¡Diles la verdad! Josefina suspiró y miró a la multitud.

—Díganme, ¿qué prefieren creer? ¿Que una tortuga encontró la forma de vencer a la liebre con astucia y ayuda de un amigo? ¿O que el esfuerzo y la paciencia pueden superar a la velocidad?

Los animales se miraron entre sí. La historia de la tortuga perseverante les gustaba más que la de una trampa con bicicleta.

—Tal vez la verdad no es tan importante —murmuró un ratón—. Lo que importa es la lección.

—Exacto —dijo un castor—. Yo prefiero creer en la versión inspiradora.

La liebre miró a la tortuga con una expresión indescifrable y luego sonrió con suavidad.

—Yo también.

El zorro bufó, frustrado. Nadie quería escuchar la verdad.

Josefina sonrió y volvió a abrir su libro. José le dio una palmada en el caparazón y se rio.

—Te lo dije, Juan. La gente cree en lo que quiere creer.

Y con eso, la tortuga volvió a leer, dejando que el mito siguiera vivo.

YO, LA MADRASTRA

ARES BARBA JIMÉNEZ

PRIMER PREMIO

CATEGORÍA D: ESTUDIANTES DE 3º Y 4º DE LA ESO. EDICIÓN DE 2025

“**H**abía una vez, en un castillo de un reino muy lejano, una hermosa princesa que...”

Si era esto lo que esperabais oír, no hace falta que sigáis leyendo. Este relato no trata sobre príncipes ni princesas y, si buscabais una leyenda sobre duendes y dragones, este relato tampoco será de vuestro agrado. Esta historia trata sobre el ser más desgraciado de todos los cuentos infantiles: yo.

¿Adivináis quién soy? Pues claro que no, nadie piensa en mí, siempre soy la siniestra antagonista de toda historia. La más malévola de todas las villanas. La que no tiene ni alma ni corazón. Esa soy yo, la madrastra.

Todo empezó cuando conocí al ser más bondadoso del universo. Era el hombre más generoso y compasivo que había existido jamás y, con el tiempo, entablamos una firme amistad que desencadenó en un feliz matrimonio. Él era viudo, tenía una hermosa hija llamada Blancanieves y, por si no lo había comentado anteriormente, ¡era el rey de un grandioso reino!

Como era de esperar, no tardé en acostumbrarme a ser reina. Yo venía de una familia adinerada, pero aquellos lujos me maravillaban. ¿A quién podría disgustarle la vida en palacio? Miraras donde miraras, todo era reluciente. Era como vivir en un sueño.

Pero los sueños siempre suelen acabar en pesadillas. En un principio, traté de cuidar a Blancanieves como si fuera su propia madre y, aun así, ella nunca llegó a aceptarme como tal. Ella quería a su verdadera madre y me trataba como si yo fuera una intrusa. A los siete años ya no me dirigía la palabra y, a partir de ahí, todo fue a peor...

Con el paso del tiempo, aquella encantadora niña fue creciendo y, a su vez, fue aumentando su holgazanería y su inmenso odio hacia mí. Cada vez era más irresponsable, desordenada y perezosa, pero el colmo fue cuando un día decidió que una princesa no debería tener obligaciones. Quería asistentes que la siguieran por donde quiera que fuese y realizaran cualquier labor que se le antojase.

Hasta ese momento, yo siempre fui muy permisiva, pero esa fue la gota que colmó el vaso. Frente a tan inmenso disparate, no tuve más remedio que exclamar: “¡Ni asistentes ni asistentas; hasta que no te comportes como debes, no vas a salir de tu habitación!”.

Aquella misma noche, Blancanieves huyó al bosque a escondidas. Cogió un caballo y su vestido favorito y se fue sin mirar atrás. ¡Ni siquiera cogió provisiones! No os podéis ni imaginar la desesperación que se apoderó de mí al percatarme de su fuga.

Era tal mi temor por lo que pudiera ocurrirle y por los peligros a los que quedaría expuesta que mandé al mejor de los cazadores en su busca, pero cuando volvió, solo trajo un corazón que afirmaba ser de la muchacha.

El único deber del cazador era devolverla a palacio con vida, pero una vez la encontró, todo se torció. Resulta que Blancanieves le había convenido de que mi intención era matarla y, por supuesto, el buen cazador se apiadó de ella. ¿Quién iba a desconfiar de una joven desesperada? Decidió matar a un jabalí por el camino y me entregó su corazón. Qué ingenua que fui. ¡Confundí el corazón de mi hijastra con el de un sucio animal!

Fue tal mi desconsuelo por su supuesta muerte que no comía ni dormía. Solo lloraba y lloraba esperando despertar de aquella pesadilla, pero el disgusto solo duró una semana, que es lo que tardó en reaparecer Blancanieves. Se había prometido con un apuesto príncipe y afirmaba que yo había intentado matarla de múltiples maneras. ¡No me lo podía creer! Me había manipulado.

Como era de esperar, al enterarse el rey de tan falsa noticia no dudó en tacharme de asesina, porque, ¿cómo va a mentir una encantadora princesa? Era increíble que creyera a aquella mocosa antes que a mí. Supongo que nunca llegué a encajar entre la realeza. Aun así, como el rey me tenía

mucho aprecio, mi castigo no fue la muerte (como correspondería a un intento de asesinato), sino el destierro inmediato.

No me lo podía creer. Durante mi reinado, el pueblo era feliz: mandé construir estructuras para transportar agua y acabar con la sequía, reformé las plazas donde los aldeanos celebraban sus festejos y reduje los impuestos.

Sin embargo, para no variar, todas mis decisiones fueron atribuidas a mi marido, el queridísimo rey. Nunca pedí nada a cambio de mis buenas ideas, pero no habría estado mal que los habitantes del reino me apreciaran, aunque solo fuera un poco.

El día de mi partida, todos y cada uno de los ciudadanos de lo que un día fue “mi” imperio celebraron una enorme fiesta a la que asistió hasta el mismísimo rey. Nunca más volví a saber de él o de su perversa hija o, como mínimo, esto es lo que me gustaría poder decir, aunque, por desgracia, no fue así.

Para mi sorpresa, a mi hijastra no le bastaba con que me desterraran. Quería que desapareciera de su vida por completo. Ese fue el momento en el que me percaté de lo inocente que había sido al hacer ver que era como mi hija. Desde un principio supe que nunca nos llevaríamos bien, pero siempre atribuí el enorme desprecio que me mostraba a la muerte de su madre. En cambio, fue ese mismo instante en el que fui consciente del inmenso odio que aquella joven albergaba en su interior y, la verdad, era aterrador.

Unos días después de mi marcha, mientras andaba por el bosque en busca de asilo, me encontré con una anciana vendedora de manzanas que, curiosamente, me resultaba muy familiar. No conseguía identificarla, cosa que me inquietaba bastante, pero como no había probado bocado desde mi ida, le compré una.

Aunque nunca me había considerado una persona precisamente afortunada, en ese momento la suerte se puso de mi lado. Cuando estaba a punto de darle un bocado a la manzana, pasó volando un cuervo y me la arrebató. Recuerdo con tristeza cómo el animal probó aquella succulenta fruta y cayó fulminado al instante. ¡La manzana estaba envenenada! Aquella vendedora era Blancanieves, que, al ver que no me la había comido, se abalanzó sobre mí.

Todavía tengo borrosos los acontecimientos que sucedieron a continuación que, aún hoy en día, atormentan mi conciencia de tal manera que no sé si podré continuar explicándolos. Aunque igual sería demasiado cruel que una vez empezada la historia, no os contara cómo termina... ¿O no?

El pánico se apoderó de mí y, aunque sentía que en cualquier momento iba a desmayarme, seguí luchando para permanecer despierta. Blancanieves llevaba un puñal en la mano y cuando esquivé el brutal golpe dirigido a mi pecho, ella cayó al suelo clavándose el fatal cuchillo en el corazón. Lo último que recuerdo antes de quedar inconsciente es enterrarla precipitadamente cerca de un árbol tan muerto como su corazón, grabar en el podrido tronco una breve inscripción, y subirme a su caballo.

No sé cuánto tiempo cabalgué sobre aquel elegante caballo. Puede que estuviera horas, días, semanas o meses. Solo sé que cuando recuperé el conocimiento estaba en un lugar muy distinto al que acababa de abandonar.

Desperté tumbada sobre una ostentosa cama dentro de una elegante bañera. Junto a mí, una hermosa joven avivaba el fuego de la chimenea, pero había algo en ella que no cuadraba con el ambiente de la casa. Mientras que la vivienda era lujosa, ella vestía un harapiento vestido cubierto de hollín. Aun así, lo más extraño fue que cuando le pregunté a la muchacha por su nombre, ella se limitó a responder: “Cenicienta”.

Y hasta aquí la historia de cómo acabé con Blancanieves. Siento ser yo la que os explique la verdad sobre vuestra amada princesita, pero tarde o temprano os habríais acabado enterando. Todo ese rollo de “vivieron felices y comieron perdices” solo es una artimaña para no traumatizar a los más pequeños. Esa joven era la personificación del mal y deberíais estar aliviados por su muerte.

En cuanto a lo de la Cenicienta, supongo que ya conoceréis qué ocurrió a continuación. Se casó y se olvidó de su querida madrastra, que, a diferencia de sus hermanas, la trataba con respeto y se preocupaba por ella.

Pero, como bien sabéis, esa ya es otra historia. Una de las muchas que tengo por contar. He viajado por todo el mundo, he conocido a los personajes más icónicos de toda la literatura universal, he sido la madrastra

en los más importantes cuentos infantiles y, aun así, solo me recordáis por haber sido la malvada madrastra de Blancanieves.

Solo he escrito este relato para que, la próxima vez que penséis en mí, habléis de la apuesta madrastra de Rapunzel o de la de Hansel y Gretel, en vez de recordarme continuamente el desprecio que siento hacia la arpía de Blancanieves. Estoy harta de ser famosa por algo que no hice. Preferiría ser recordada como la víctima de las maldades de esa bruja y, ya puestos a pedir, que se me valore todo lo que he tenido que sufrir con esas maleducadas adolescentes. Que si Blancanieves, que si Cenicienta, que si Rapunzel... Esas princesitas solo se preocupan por sí mismas. ¡No hay quien las soporte!

VOLANDO HACIA EL LIMBO

SELENE PEREZ ZAFRA

SEGUNDO PREMIO

CATEGORÍA D: ESTUDIANTES DE 3º Y 4º DE LA ESO. EDICIÓN DE 2025

Estoy en la cama, mirando a través de la ventana. No es el lugar más divertido del mundo, ni de lejos, pero he aprendido a adaptarme. A veces me siento como un explorador en una misión secreta: cada pasillo tiene algo nuevo que descubrir, cada habitación cuenta una historia diferente. Mis amigos se marchan de uno en uno. Quiero creer que van a su casa, pero por dentro, me parece que no es así. Hoy me siento aún más cansado de lo normal. A veces me pregunto por qué tengo que estar aquí, con todas estas máquinas que hacen ruidos raros y los tubos que me conectan a la vida. Pero trato de ser valiente, porque sé que esto es solo una parte del camino. En mi cabeza tengo un mundo lleno de aventuras, tesoros y risas, y aunque todo esto a veces se interpone, sigo soñando con ser un gran capitán, surcando los mares con un barco como el que adorna mi mesita de noche y un pañuelo como el que me cubre la cabeza ahora. Mientras tanto, aquí estoy, afrontando cada día con la esperanza de que pronto podré volver a jugar con mis amigos y correr como siempre.

Mi madre está junto a mí, entre mi cama y la de mi amigo Freddie. Él está durmiendo, con una mano agarrada a la de su padre y la otra alrededor de su zorro de trapo. Nunca se separa de él; dice que desde que era un niño este le trae buena suerte, que gracias a ese peluche volverá a su casa. Espero que sea así.

De pronto, escucho un pitido, ruido de papeles y voces. La puerta se abre y veo entrar a varios hombres, entre ellos a los médicos que nos atienden a menudo. Uno de ellos corre la cortina, separando mi cama de la de mi vecino. Puedo escuchar una máquina de oxígeno y los gimoteos de su madre al alejarse: «No, no, todavía no». No sé qué decir... Supongo que adiós, Freddie.

Mi mamá se levanta con rapidez, retira la cortina y se acerca a ellos. Uno de los médicos me mira mientras se acerca a mi cama, se sienta a mi lado y me observa con una sonrisa.

Yo lo miro con curiosidad; mi pulso se acelera un poco. Me pregunto qué pasará ahora. El médico toma mi mano y respira hondo antes de hablar.

—¿Cómo está nuestro capitán?

El médico me mira con una sonrisa y aprieta cariñosamente mi mano. Estoy inquieto, aunque intento mantener la calma.

—Estoy bien, doc. —digo con una voz tenue, tratando de parecer valiente.

Él asiente y se acerca un poco más, susurrando suavemente.

—Estamos orgullosos de lo fuerte que eres, campeón.

Sus palabras me hacen sentir un poquito mejor. Intento sonreír, aunque el ver cómo se marchan me quita la tranquilidad.

Ellos siguen hablando con mi mamá, pero no puedo entender lo que dicen. Solo veo sus caras serias y unos papeles en sus manos. Las palabras de mi amigo siguen presentes mientras yo quiero entender lo que está pasando a mi alrededor.

—Mamá —susurro en cuanto ella entra—. Dime qué ocurre...

—Tranquilo, cielo. Solo están hablando de tu cuidado y tu tratamiento —dice ella, sentándose junto a mí en la cama y poniendo una mano en mi pequeña pierna por debajo de la bata roja.

—Me pondré mejor, ¿verdad?

—Claro que sí. ¿Recuerdas aquella operación? Dormirás un poco más tiempo esta vez, será como... como un viaje —mi madre habla con un nudo en la garganta. Siempre que entro en el quirófano se preocupa, así que, aunque según los médicos ya soy un hombrecito, utilizo mi encanto infantil para calmarla.

—¿Y a dónde iré?

—A Nunca Jamás, un lugar precioso, lleno de aventuras y amigos... piratas, indios, sirenas...

—¿Cómo llegaré?

—Peter Pan te llevará, tomará tu mano y los dos volaréis más allá de las estrellas.

—¿Cuando vuelva me estarás esperando? —digo con miedo a no verla nunca más, como le pasó a Félix con su abuela, que también estuvo en una de estas camas cuando él era pequeño.

—Me tendrás siempre, como una lucecita brillante sobre tu cabeza.

Mientras nosotros hablamos, los médicos inyectan una aguja en mi mano izquierda. No duele por mucho tiempo, pues el líquido frío me hace sentir más somnoliento. Mamá no se aparta de mí; me canta mientras cierro los ojos, como hace las noches que tengo pesadillas, hasta que las voces se vuelven borrosas.

—Tiene que irse, señora.

—Descansa, mi querido James —dice antes de besarme la frente—. Piensa en cosas bonitas...

Cuando vuelvo a mirar a mi alrededor, la habitación está vacía. Lo único que se oye son dos voces en la ventana.

—No puedes llevártelo.

—¿No lo ves? Está sufriendo.

—Aún no se ha ido del todo.

—No tardará. Además, yo decido.

El último en hablar salta dentro de la habitación; es un niño, no mucho menor que yo. Va vestido con un traje de hojas y se cubre el pelo con un gorro puntiagudo a juego, adornado con una pluma roja.

—Hola —dice, ofreciéndome su mano—. ¿Te vienes con nosotros?

Estoy bastante confundido, pero consigo recordar las palabras de mi madre.

—Eres... ¿Peter Pan?

—A la orden y listo para el desorden. Mejor si es lo segundo —añadió lo último ladeando la cabeza.

Me lo pienso; es verdad que me he hartado de esta cama, pero no quiero dejar a mamá. Ella dice que seguirá conmigo, pero...

—Vamos, no tengo toda la noche.

Me levanto; no quiero que se marche sin mí, pero los tubos conectados a mi mano no me dejan moverme. Dios, qué dolor.

—Tranqui, yo me encargo. —Antes de que pueda hacer nada, o que el desconocido del exterior pueda detenerlo, Pan saca su espada y me golpea con ella. Había esperado un terrible dolor, pero fue como si me golpeara algo de goma. Ahora, mi mano izquierda ya no estaba; era un garfio, como el del capitán de mi barquito de madera.

Peter me agarra de la otra mano y me lleva a la ventana, donde ahora no hay nadie.

—¿Cómo llegaremos?

—Fácil, volando.

Sin darme tiempo a responder, saltamos hacia delante, pero no caemos; estamos flotando en el aire.

En el camino, dejo de tener sueño. No sé bien cómo he conseguido volar, ni de qué me estoy alejando, pero no pienso mirar atrás; es genial, me siento libre, aunque mi mano, por razones que desconozco, ahora sea un brillante artilugio de metal.

—Por cierto —rompió el silencio la voz del chico de verde, que señalaba a un muchacho con traje de zorro que, no me preguntéis por qué, pero me era familiar—, este es Zorrillo, el último niño perdido aparte de ti. No se acuerda de la razón, pero él sabía perfectamente dónde estabas. —Zorrillo clava su mirada en mí; supongo que igual que yo, creía haberme conocido.

Cruzamos el cielo de Londres, inusualmente abierto, hasta pasar el Big Ben, donde Peter nos indica que, cruzando la segunda estrella, directamente hacia el amanecer, llegaríamos al perfecto Nunca Jamás, la llamada isla sin adultos.

Es bonito, no, es increíble. Está lleno de montañas, ríos, lagos. Los arcoíris cruzan el cielo, puedo ver unos minúsculos indios bailar alrededor del fuego, sirenas jugando entre ellas y, en el mar, un impresionante barco, pero su tripulación es... extraña...

—¿Por qué los piratas son de piedra?

—Están así desde siempre —responde Zorrillo mientras aterrizamos—. La leyenda de las sirenas dice que esperan a su capitán.

—No puedes acercarte a ellos sin mi permiso; son siniestros.

—Por cierto, ¿cómo te llamas? —vuelve a hablar el niño perdido.

—Te olvidas de que nadie recuerda su nombre, Z. —Pan se lleva una mano al mentón y, pasados unos segundos, da un salto que lo deja flotando en el aire mientras señala mi mano falsa—. ¡Serás Garfio!

Una cálida sonrisa aparece en mi rostro ante la sugerencia de Peter. El nuevo apodo es, a su manera, divertido y diferente. Me encojo de hombros con una pequeña risa.

—Garfio, ¿eh? Eso suena bastante bien —digo, examinando el garfio que había reemplazado a mi mano izquierda.

A partir de ese momento, vivimos muchas aventuras: jugamos con los indios a las emboscadas; un día ellos nos atrapan y al siguiente nosotros con ellos, chapoteamos con las sirenas, que a menudo coquetean con nosotros, aunque nunca les hacemos caso.

Nuestro pasatiempo favorito es volar hasta el barco pirata y “pelear” contra las estatuas. Llevo aquí toda la vida. Hoy, mientras Peter salta por encima del que llamamos “Smee”, cuando me empiezan a doler terriblemente los pies, intento aguantarme; soy un guerrero valiente, después de todo. Pero llega un momento en el que necesito quitarme las botas. En cuanto lo hago, me quedo blanco; mis pies son enormes, incluso con algunos pequeños pelos. Se me escapa un grito y, en cuanto Peter me oye, se queda mirándome fijamente.

—¿Qué tienes en la cara?

Justo encima de mi labio hay una pequeña y alargada mata de vello que, juraría, cuando hemos llegado, no estaba ahí. Algo me hace cosquillas en la nuca; el pelo me llega hasta el cuello. Peter cada vez me parece más y más pequeño. ¿Está encogiéndose? No, yo estoy creciendo.

—Vaya, chico, tu ropa ya no te cabe.

—Tendríamos que volver. —Peter soltó un bufido—. No puedo ir por ahí así.

—Está bien... —dice a regañadientes—. Vamos.

En cuanto estuvimos de vuelta, en el árbol del ahorcado, rebusqué por todo mi baúl hasta encontrar una túnica roja que me pareció ya haber visto antes.

Me sentaba bastante bien. Pero en cuanto quise cerrar el baúl, algo brillante me llamaba desde el fondo; era magnético, mágico, así que, sin pensar, lanzo todo lo que se interpone al suelo, hasta que, en mi mano, hay un precioso reloj dorado; su tic-tac es hipnotizante, es lo único que puedo oír, salvo por esa voz.

«¿Qué es esto?»

«Este es el reloj de tu abuelo.»

«¿Me lo puedo quedar?»

Espera, ¿mi abuelo? ¿Con quién estaba hablando?

—Eh, Garfio —Pan se queda mudo de repente—. Estás blanco como la nieve. ¿Qué tal si vamos al lago?

—De acuerdo... me vendrá bien un poco de aire.

En el lago todo transcurre con normalidad, salvo que las sirenas tienen toda su atención en mi amigo. Normalmente, tontean con los dos, pero a nosotros no nos interesan esas cosas y no les hacemos caso; aun así, es molesto. Estoy tan obcecado en eso que no me he dado cuenta de que la piedra sobre la que estoy apoyado resbala, sumergiéndome con el pie atrapado por su peso. Puedo oír a Peter reírse a carcajadas, hasta que, cuando mi vista está borrosa, dos chicas me sacan del agua (eran dos porque una sola no pudo con mis nuevas proporciones).

Lo siguiente que recuerdo es una voz que cantaba. Esa voz. Esa habitación blanca y su mano acariciándome mientras su dulce canción me calmaba. Mamá... Abro los ojos de golpe, me levanto ignorando el dolor del pie y agarro a Peter por los hombros, zarandeándolo con incredulidad.

—¡Mi madre! ¡He visto a mi madre! ¡Tienes que llevarme con ella!

—¿Quieres volver? —pregunta como si hubiera suplicado limpiar la guarida de esquina a esquina—. ¿Te ha entrado agua en el coco?

—¡Que me lleves!

—Vale, vale... qué pesado...

Después de volar en silencio durante unos minutos, vimos un enorme hospital. Nos paramos frente a una ventana; ahí estaba yo, únicamente yo. Igual que ahora, pero con las dos manos y una bata de paciente.

—Bueno, aquí te encontré —dice mi amigo con desgana—. ¿Feliz?

—Vamos, hay que encontrar a mi madre.

—Ni siquiera sabes quién es.

—Tienes razón... pero voy a averiguarlo.

Entré en la habitación y, como si fuese mía, que de hecho, lo es, empecé a abrir y vaciar los cajones. Hasta encontrar una pequeña caja de música con un nombre grabado: "Alice Jones". Así se llamaba.

—No vas a encontrarla; este sitio es enorme —sigue refunfuñando Peter, claramente frustrado de que no le diera la razón. Sale volando de la habitación, y yo le sigo. Pasamos delante de un cementerio, donde se detiene abruptamente.

—¿De qué v...?! —se me va la voz; no puede ser, justo en la lápida, frente a mí: "Aquí yace Alice Jones, amada madre dulce y comprensiva".

No recuerdo haberme asustado tanto como ahora. ¿Ya está? ¿Se ha ido? Lloro hasta quedarme seco; me siento junto a esa piedra fría y la abrazo, como si con eso pudiera traerla de vuelta. Mientras Pan recoge la caja de música del suelo y empieza a girar la manivela, produciendo una hermosa melodía; eso es lo único que me distrae, antes de escuchar una risa infantil. Levantamos la mirada y vemos a una mujer con un carrito, a la que no habíamos visto y que parecía no vernos a nosotros. En el carro había un bebé que, pese a no notar nuestra presencia, se regocijaba entre risas al oír la música mientras se va alejando.

Justo en ese instante, de la tierra de mi madre sale una bolita de luz dorada que poco a poco se va transformando en un hada.

—¿Mamá?

El minúsculo ser me dice algo, o eso creo, pues lo único que sale de sus labios fue un tintineo, como el de una campana. Ella me da un papel doblado que revela una pulcra caligrafía:

Mi querido James,

Si algún día lees esto, no estaré contigo, y si todo está bien, no nos veremos al otro lado. Porque tu corazón es demasiado puro para ser juzgado. Pero no me preocupa. Sé que Peter Pan te habrá llevado.

Te quiere, Mamá

En ese momento, todo me encaja... Pan entrando en mi habitación... cortándome la mano... alejándome de mi madre... ¡Él tuvo la culpa! Lo va a pagar...

Me voy de allí; no quiero estar cerca de él.

Pienso en todo lo que me ha quitado, y es ahí cuando se me ocurre: los piratas... aquello a lo que teme, los adultos, y yo soy uno ahora.

En cuanto estuve en el barco, irrumpí en el camarote principal. En una vitrina junto al timón, una gabardina granate a juego con un sombrero coronado con una gran pluma blanca. Inmediatamente, me los puse. Me dirigí a cubierta y toqué la frente de uno de los piratas, cuya piedra se desintegró al instante.

—Despierte a la tripulación y prepare el navío, Smee.

—Sí, mi capitán. ¿Cuál es nuestro destino?

—La victoria contra Peter Pan.

«¿Sigue hablando, doctor?»

«Sí, no lo desconecten todavía».

COMENTARIOS DEL JURADO

X Concurso de Relatos Cortos (2025)

Acta de Resolución de los premios del *X Concurso de Relatos Cortos* Lleida, 21 de marzo de 2025

CATEGORÍA A: ESTUDIANTES DE CUALQUIER GRADO DE LA UNIVERSIDAD DE LLEIDA

1r Premio, al relato titulado *Hija del Olimpo, dueña de sí misma*, una relectura del mito de Helena de Troya que reivindica su autonomía frente al destino impuesto por dioses y hombres. Abierta la plica, el autor resultó ser Roger Pecellín Fernández, alumno del Grado en Lenguas Aplicadas y Traducción y Grado en Filología Hispánica, 3r año.

2º Premio, al relato *Grete*, una relectura de *La metamorfosis* (1915) de Franz Kafka contada desde la perspectiva de la hermana del protagonista. El texto convierte el silencio del original en una voz femenina lúcida y crítica que denuncia la opresión familiar y el sacrificio de las mujeres en un entorno marcado por la culpa, la enfermedad y la renuncia. Abierta la plica, el autor resultó ser Juan Miguel Galvis Bernal, alumno del Grado en Filología Hispánica, 1r año.

CATEGORÍA B: ESTUDIANTES DE MOVILIDAD EN CUALQUIER TITULACIÓN DE GRADO O SIMILAR DE LA UNIVERSIDAD DE LLEIDA

No se presentó ningún relato y, por tanto, el jurado declara esta categoría desierta.

CATEGORÍA C: ESTUDIANTES DE 1º Y 2º DE BACHILLERATO Y DE CICLOS FORMATIVOS

1r Premio, al relato titulado *El empresario de Axis Mundi*, una relectura actual del cuento del Flautista de Hamelín que reflexiona, en clave alegórica, sobre el poder seductor de la tecnología y su impacto en la sociedad. Abierta la plica, la autora resultó ser Aina Monerris García, alumna de 1º de Bachillerato del Instituto Ronda, en Lleida.

2º Premio, al relato *El secreto de la tortuga*, una relectura paródica de la fábula de Esopo que revela, con humor e inteligencia, que la victoria de la tortuga no fue por constancia, sino por astucia y complicidad. Una crítica lúdica a las moralejas edulcoradas. Abierta la plica, el autor resultó ser Xavier Baró Navarro, alumno de 1º de Bachillerato del Instituto Manuel de Montsuar, de Lleida.

CATEGORÍA D: ESTUDIANTES DE 3º Y 4º DE LA ESO

1r Premio, al relato titulado *Yo, la madrastra*, una parodia de los cuentos clásicos que da voz a la madrastra y subvierte el punto de vista tradicional. El texto revisita con humor mordaz y mirada crítica los grandes relatos infantiles desde una perspectiva desmitificadora y feminista. Abierta la plica, la autora resultó ser Ares Barba Jiménez, alumna de 3º ESO, del Institut d'Aran, en Vielha.

2º Premio, al relato *Volando hacia el limbo*, una historia que reinterpreta el universo de Peter Pan para narrar, desde la imaginación infantil,

el tránsito de un niño hospitalizado hacia la muerte. Abierta la plica, la autora resultó ser Selene Perez Zafra, alumna de 4º ESO, del Institut Josep Vallverdú, en Les Borges Blanques.



Universitat de Lleida
Departament de Filologia
i Comunicació